

aporrado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero, en fin, se^a levantaron todos. Y D. Quijote, á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á^b voces:

« — ¡Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero
5 os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye^c hacerle la puente de plata! »

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y, más enojado que vengado,
10 se sentó en el camino, esperando á que Sancho^d, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y, sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha (y con más vergüenza que gusto), siguieron su camino.

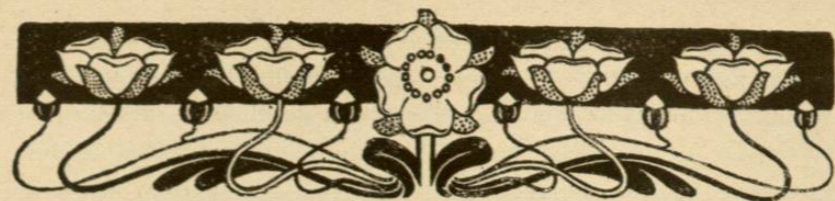
a. ...se le levantaron. C.₄, BR.₄. — huya. BR.₅. — d. ...Sancho Panza, Rocinante. V.₃, BAR.

b. ...á grandes voces. TON. = e. ...que

drid (1730) y La Haya (1744). La Real Academia Española, en su edición de 1780, imprimió *echándolos á rodar*, enmienda que hemos visto aceptada por todas las demás ediciones posteriores que cotejamos, y aun muchas más que no se mencionan para no hacer interminable la lista.

La lección que seguimos nosotros la hemos tomado de un ejemplar impreso en Madrid en 1750 (edición hecha á costa de Juan de San Martín). Opinamos que Cervantes escribiría *echándoles*, y que el cajista descuidóse de poner la letra final.

1. ...pero, en fin, se levantaron todos. — En la primera edición se lee «en fin, se le levantaron», lo cual es un error manifiesto del cajista, que repitió el *le* de la palabra *levantaron*.



CAPÍTULO LIX

Donde se cuenta del^a extraordinario suceso (que se puede tener por aventura) que le sucedió á D. Quijote

AL polvo y al cansancio que D. Quijote y Sancho sacaron del des-
comedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia 5
que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repos-

a. Donde se cuentan el extraordinario. | dinario. A.₁, PELL., CL., RIV., GASP., V.₃, BAR. — Donde se cuenta el extraor- | ARG.₁, BENJ., FK.

Línea 2. Donde se cuenta del extraordinario suceso (que se puede tener por aventura). — El suceso no es otro que el haber llegado á manos de Cervantes el libro de Avellaneda. No comprendemos como el distinguido cervantista D. Francisco M.^a Tubino escribiese que nuestro autor «trazaba con gallarda pluma el capítulo cincuenta y uno de la segunda parte de sus proezas (de las de *Don Quijote*) cuando, expirante el año de 1614, llegaba á manos del egregio escritor la continuación que un anónimo pretendía dar al parto peregrino de su privilegiado entendimiento». (*Cervantes y el «Quijote»*.)

Ni en el capítulo que menciona tan eximio crítico, ni en los siguientes, hasta llegar al que comentamos, se deja ver el más pequeño indicio de que Cervantes tuviera conocimiento del *pseudo Quijote*; pues, á tenerlo, no habria pasado en silencio lo que fustiga y satiriza á partir del presente.

7. ...dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante. — La definición del vocablo *jáquima* nos la da D. Juan de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas*, de un modo claro y conciso: «Unos dicen *jáquima* y *cabestro*, porque *jáquima* es lo que se pone en la cabeza.» Que *jáquima* es el cabestro ó ramal que se ata á la cabeza de la caballería para llevarla y guiarla, nos lo declara también Sancho, quien, al presentar la Trifaldi el caballo *Clavileño*, que ha-

teria de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solía llamar «condumio». Enjuagóse^a la boca^b, lavóse D. Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comía D. Quijote de puro pesaroso, ni^c Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenía de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero, viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no^d abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y el queso que se le ofrecía.

10 «—Come, Sancho amigo,—dijo D. Quijote:—sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerzas^e de mis desgracias. Yo, Sancho, nací

a. ...enzaguóse. V., BAR. — *b. ...boca* y *lavóse.* ARG., BENJ. — *c. ...pesaroso,* y *Sancho.* ARG., BENJ. — *d. ...boca,* *abrió.* PELL., ARG., BENJ. — *e. ...á fuerza de.* A., PELL., CL., RIV., GASP., ARG., BENJ., FK.

bia de conducir á él y á su amo á Candaya, exclama: «...pero ¿con qué freno ó con qué *jáquima* se gobierna?» (II, 40; — t. V, pág. 263, línea 12.)

Jáquima, según el léxico, es la cabezada de cordel, que suple por el cabestro, para atar las bestias y llevarlas.

6. ...*hiciese la salva.* — *Hacer la salva*, según el *Diccionario*, es «pedir la venia para hablar ó para representar una cosa», y se da el nombre de *salva* á la «prueba que hacia de la comida y bebida la persona encargada de servirla á los reyes y grandes señores, para asegurar que no había en ellas ponzoña».

En el *Memorial de crianza y vanquete virtuoso para criar hijos de grandes y otras cosas*, de Gaspar de Texeda, impreso en Zaragoza en 1548 y reimpresso por mi distinguido amigo el inteligente bibliófilo D. Juan M. Sánchez en la *Revue Hispanique* (t. XXIII), se lee:

«*Hecha la salva* de aqueste lanar
El pan que delante les han de poner
Su recta, muy limpia intencion a de ser
Que cierto con esta no pueden errar.»

«De manera que poniendo en las mesas de los grandes el pan de la calidad que digo, les podrá *servir por salva* y seguro de toda obra. Y pues el buen hecho con la mala intencion se yerra y el malo con la buena se puede acertar, seguramente se pueden comer con este pan otros manjares bien sin sospecha de que ayan de hazer mal.»

7. ...*no abrió la suya.* — Pellicer, que casi siempre fué muy parco y comedido en rectificar el texto cervantino, obró aquí de ligero suprimiendo la partícula *no*. *No abrir la boca* es una frase que vale tanto como «no hablar palabra», «no decir nada», «estarse callado», «guardar silencio».

10. «—Come, Sancho amigo... y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerzas de mis desgracias.—Después del contratiempo no previsto por el hidalgo y su acompañante, dice el cronista que, sin haberse despedido de las

para vivir muriendo, y tú para morir comiendo. Y, por que veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes,

flingidas pastoras, abandonó D. Quijote la contrahecha Arcadia. Figúrese el lector las ideas que cruzarían por la mente del andante al no haber podido vengar el ultraje que había recibido: no así Sancho, quien, dando al olvido el citado contratiempo, sacó de las alforjas lo que él solía llamar «condumio», y embauló pan y queso, dispuesto á no matarse á sí mismo. Una vez más aparece manifiestamente el dualismo que existe entre D. Quijote y Sancho, y el idealismo del uno y el positivismo del otro.

D. Quijote, á nuestro ver, es el simbolo del altruismo: es un ser espiritual, soñador, comedido; más que valiente, temerario, imprevisor, ridículo y discreto; rico en amor y en fantasía; modelo y prototipo de los utopistas; todo en él es abnegación y sacrificio; y por Dios, por el honor y por su dama, acomete las más desatentadas empresas avanzando siempre, sin mirar nunca atrás. Sancho es el emblema del provecho y del interés, del hombre calculador y egoísta; es la representación del ser cobarde y miedoso; y, con todo y estar dominado por la ambición, resulta sencillo, y en casi todos sus actos descubre ser algún tanto malicioso, un mucho ignorante, pero nunca necio.

Turgueneff ha dicho que «Sancho Panza se burla de D. Quijote, sabe que éste está loco; pero por tres veces (?) deja casa, mujer é hija, para seguir al loco aquél, y aguantarle toda clase de impertinencias... pero es que Sancho no obedece al lucro, le guía un móvil más elevado, su fidelidad arraiga en la sublime calidad que posee el vulgo: la de abrazar ciegame una causa justa y honrada».

La expresión *á fuerza de* ha sido admirablemente estudiada, gracias al conocimiento de los clásicos castellanos, en la celebrada obra *Prontuario de hispanismo y barbarismo* (1):

«Á que viso mirasen los clásicos la expresión *á fuerza de* — dice el purista P. Juan Mir, —harto consta en sus textos (2). En la significación propia va em-

(1) Madrid, 1908. — I, pág. 19.

(2) «CERVANTES. — «Conquistaron el cielo á fuerza de brazos.» (*Don Quijote*, II, 58). — «Déjame morir... á fuerza de mis desgracias.» (*Don Quijote*, II, 59.)

CORREAS. — «Hacer algo á fuerza de Dios y de nos.» (*Vocabulario*, letra A.)

CRUZADO. — «Á fuerza de amarlo todo nada aman.» (*La Corte Santa*, trat. 3. Amistad, sesión 3.)

ESTEBANILLO. — «Aprovechéme de aquel refrán á fuerza de villano hierro en medio y sálfame muy mal.» (*Vida y hechos de Estebanillo González*, cap. 9.)

FAJARDO. — «Solamente á fuerza de razones y argumentos procuraban inclinar el entendimiento.» (*República literaria*.)

ROSENDE. — «Es necesario elevar á fuerza de estímulos y agujones, el desmayo y entorpecimiento.» (*Vida de Palafox*, lib. I, cap. 7.)

SALAZAR. — «Ganando palmo á palmo la tierra de sus manos á punta de espada y á fuerza de brazos.» (*Política española*, propos. 4, § 2.)

SANTA TERESA. — «No se negocia bien con Dios á fuerza de brazos.» (*Vida*, cap. 15.)

USÓN. — «Las grandezas á fuerza de subir, habían imposibilitado sus aumentos... El número diez á fuerza de poner lo más vil de sus principios (que es el número uno), sobre lo más subido de su ser, sabe acreditarse de infinito.» (*Disc. funeral del Cardenal Cisneros*, § 1.)»

solicitado de doncellas ^a: al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces ^b. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, ¡muerte la más cruel de las muertes!

—Desa manera, — dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, — no aprobará vuesa merced aquel refrán que dicen ^c: « Muera Marta,

^a. ...doncellas; y al cabo. ARG. 1.º, BENJ. — ^b. ...de animales indómitos y feroces. Esta. ARG. 1.º, BENJ. — ^c. ...que dice. TON.

bebido el concepto de *violencia y esfuerzo*, como ello mismo se lo dice, pues significa *con fuerza*, del *à force de*, francés. Ambos à dos equivalen à *con porfia y trabajo, en abundancia*. Mas también (como en Usón y Cruzado se notará), hacen sentido de las expresiones *de tanto, por mucho, à puro, de puro*, aunque solamente intervenga repetición de actos sin extraordinario esfuerzo. Así diríamos en buen romance, « à fuerza de escribir, me paso el día entero; murió à fuerza de beber licores ». El aumento de acciones, la continuidad del mismo ejercicio, la repetición del mismo acto da licencia para el uso de *à fuerza de* sin necesidad de esfuerzo ni violencia extraordinaria.

Dos sentidos, pues, hemos de conceder à nuestro modismo, à saber, el de *à poder de*, que expresa conato y esfuerzo, y el de *de puro, de tanto*, que sólo denota multiplicación sin violencia. Rosende, Correas, Santa Teresa, Cervantes, Estebanillo, Fajardo y Salazar, apadrinan la primera acepción; Cruzado y Usón, autorizan la segunda. El modismo *à fuerza de*, requiere para su legitimidad algún esfuerzo continuado, que se contiene en la misma palabra *fuerza*, pero, además, una acción material en sí ó por extensión. Claramente lo dicen los verbos *amar, subir, poner sobre*, de los ejemplos alegados, donde la repetición de actos materiales ó de actos morales, constituye el valor de *fuerza*, por lo cual el modismo *à fuerza de* halla su propia verificación. Mas si los verbos no diesen lugar à *fuerza*, ya por no tener en ellos cabida el aumento material ó moral, ya por no significar cosa de repetición ó de algún continuado esfuerzo, entonces el modismo *à fuerza de* con infinitivo carecería de propiedad, mas parecería afrancesado español, puesto que la lengua francesa no ciñe el sentido de *à force de*, como la española. »

1. ...*al cabo al cabo*. — No es la primera vez que aparece esta locución familiar en el *Don Quijote*:

« ...mas, *al cabo al cabo*, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. » (I, 8; — t. I, pág. 187, línea 20.)

« ...lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, *al cabo al cabo*. » (I, 18; — t. II, pág. 66, línea 21.)

« ...pero, con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que, *al cabo al cabo*, vino à hacer un poco de ruido. » (I, 20; — t. II, pág. 125, línea 1.)

9. « *Muera Marta, y muera harta* ». — Sobre este refrán escribió el agudísimo Quevedo, en la *Visita de los chistes*: « Apartéme de allí, que me hundía la

y muera harta ». Yo à lo menos no pienso matarme à mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré ^a mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el ^b cielo. Y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced. Y créame, y después de ^c comido échese à dormir un poco sobre los colchones verdes destas

^a. ...yo triaré. Bow. — ^b. ...al cielo. Br.g. — ^c. ...de aver comido. Ton.

cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una muger corriendo como una loca, diciendo: « Pio, pio. » Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pio Eneas, por el perro muerto à la zacapela, cuando oigo decir: *Allá va Marta con sus pollos*. « Válate el diablo: ¿y acá estás? ¿Para quién crias esos pollos? », dije yo. « Yo me lo sé, dijo ella; criolos para comérmelos, pues siempre decís: *Muera Marta y muera harta*. Y decídes à los del mundo que quien canta bien despues de hambriento, y que no digan necedades; que es cosa sabida que no hay tono como el de ahito. Decídes que me dejen con mis pollos à mí, y que repartan esos refranes entre otras Martas que cantan despues de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestros refranes. »

Al describir la salida de la famosa Justina y su, hasta cierto punto, ladino mochillero del mesón de Sánchez Gómez, pone el cronista en boca de la insigne picara las siguientes palabras: « No me alauo de lo que cante, porque no falta quien diga que, en las mugeres es quanto crece la dulçura del canto, mengua la inclinacion a las virtudes sino de que dixen coplas, que parecia que se me hazian de moatra, no me espanto, que *cantasse Marta despues de harta*, que el contento fue el padre de las musas y abuelo de la poesia. » (LÓPEZ DE ÚBEDA. *La picara Justina*. — De la despedida de Leon n.º 2.)

Y en el *Testamento del Pícaro Pobre*, de Damón de Henares (Pedro Láinez?), se lee:

« CATALENCARNES. ¿ No aueys oido dezir
El dicho que dixo Marta:
Si muriere, muera harta? »

La Real Academia Española, en su *Diccionario*, dice que este refrán « se aplica à los que no se detienen en hacer su gusto, por grave perjuicio que esto les haya de acarrear ».

2. ...*antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes*. — Bowle señala que Núñez escribió, en los *Refranes*: « Ni zapatero sin dientes, ni escudero sin parientes. »

Y nosotros diremos que Quevedo, en las *Invectivas contra los necios*, dijo que « se declara necio con felpas y plumas de papagayo, al que *tirando* de la gravedad, como el zapatero del cordobán, habla en tono tan bajo, pausado y à lo ministro, que parece saludador ».

5. ...*que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced*. — ¿ No es cierto que en los actuales tiempos, dominando como domina el positivismo, tiene muchos más partidarios el pensar del escudero

hierbas, y verá cómo cuando despierte se halla algo ^a más aliviado.»

Hízolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato; y díjole: «— Si tú, ¡oh Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es que, mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y, con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

a. ...se halla más aliviado. BAR., ARG., BENJ.

que el del amo? En un libro que ha pasado inadvertido para la mayoría de las gentes leemos el siguiente pareado:

«¡Cuando el dolor del alma es muy profundo,
La mujer se da á Dios y el hombre al mundo!»

Y cabe decir que estos dos versos pintan admirablemente la manera de pensar de hoy.

9. *...te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes.* — Vea el lector la contestación de Sancho á D. Quijote, y diga imparcialmente si no tiene razón el escudero, máxime no siendo el ex gobernador un asceta.

La profecía de Merlin referente al desencanto de Dulcinea era una idea primordial que continuamente tenía embargado el cerebro de D. Quijote. Por esto, al hallarse solos amo y mozo, suplica á éste dé comienzo al cumplimiento contraído ante los Duques; pero el buen Sancho, recordando la delicadeza de sus carnes, se excusa con tan halagadoras palabras y de modo tal, que, con todo y no darse ni un azote, deja convencido y satisfecho á su amo.

10. *...de los tres mil y tantos.* — Á nuestro entender, no hubiera pecado D. Quijote de puntual si hubiese dicho «de los tres mil y trecientos azotes que te has de dar».

Poco después de haber oído el andante

«Que, para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas»

(II, 35; — t. V, pág. 186, línea 5),

dice á Sancho: «...y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré.» Pronto duplicó la cantidad el hidalgo, y la cifra dicha por Merlin ya nunca más pudo borrarse de la mente de D. Quijote.

11. *...es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.* — Le sobraba razón al desventurado caballero para echar

— Hay mucho que decir en eso, — dijo Sancho: — durmamos por ahora entrambos, y, después, Dios dijo ^a lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Tenga paciencia mi señora Dulcinea, que, cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quiero decir que aun yo la tengo, junto con ^b el deseo de cumplir con lo que he prometido.»

Agradeciéndoselo D. Quijote, comió algo ^c, y Sancho mucho; y echáronse á dormir entrambos ^d, dejando á su albedrío y sin orden alguna pacer del ^e abundosa hierba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de ^f allí se descubría. (Digo que era venta porque D. Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos.) Llegaron, pues, á ella. Preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo

a. ...Dios diga lo que. FK. — b. ...junto el dejeo. BR. — c. ...algo más, y. ARG. — d. ...entrambos. BR. — e. ...de

la abundosa. V. BAR., TON., A., PELL., CL., RIV., GASP., ARG., BENJ., FK. — f. ...legua allí se. RIV.

en cara á Sancho que por su descuido y negligencia aun seguía la sin par Dulcinea en el mismo estado de encantamiento que cuando él la vió en la cueva de Montesinos. Si con solos tres mil y trescientos azotes quedaba desencantada la hermosa toboseña, y solamente se había dado cinco, ¿para cuándo aguardaba cumplir el compromiso contraído en casa de los Duques?

17. *Preguntaron al huésped si había posada.* — Si admirable resulta la pintura de D. Quijote y Sancho, no lo es menos la de los venteros que figuran en la sin par novela: el primero que aparece en escena es el tipo del hombre burlón y alegre, pero con toques de misericordioso; Palomeque, el zurdo, resulta falso y parcial; y el de la venta de los titeres es sencillo y generoso. ¡Admirable pintura, copia del natural, vista y estudiada por el autor del *Don Quijote* en aquella época de correrías por Andalucía!

Nuestro distinguido amigo D. Julio Puyol y Alonso, en memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribe: «Y cuando el infortunado caminante se librase de los bandidos, no podría librarse de los venteros, que no eran los últimos en expoliarle, tipos acabados del ladrón á mansalva, ya fuesen como aquel andaluz que recibió al hidalgo la vez primera que salió de su casa, «no menos ladrón que Caco», ya como aquel otro que confesaba que, aunque ventero, era cristiano, pero que de industria mató la luz de la lámpara, cuando sospechó que habían muerto á un hombre en su casa, para que no le cogiesen en el fregado y, á ser posible, descargar la culpa sobre espalda ajena.» (*Estado social que refleja el «Quijote»*. — Madrid, 1905.)

que pudiera ^a hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería ^b en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos; salió á ver lo que D. Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar: recogieron á su estancia ^c. Preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar.

Á lo que el huésped respondió que su boca sería medida; y, así, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las

a. ...que pudieran. A. 1. 3, PELL., CL., GASP., ARG. 1. 3, BENJ., FK. = b. ...ref- posteria. BR. 2. = c. ...estancia, de camino preguntó. ARG. 3.

2. ...de quien el huésped le dió la llave. — Según el uso actual, — dice Clemencin, — el pronombre *quien* se aplica á personas; y Bello, en su *Gramática*, escribe: «El uso moderno del relativo *quien* es algo diferente del que vemos en los escritores castellanos, hasta después de la edad de Cervantes y Lope de Vega. «...te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de *quien* yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de *quien* la cueva toma nombre» (1). El uso del día autoriza el segundo de estos *quien* porque se refiere á persona; pero no el primero, porque le falta esa circunstancia. «...podéis bautizar (vuestros sonetos) y poner el nombre que quisieredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de *quien* yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas» (2).»

No á los gramáticos, pero sí á los aficionados á estudios gramaticales, recomendamos la lectura de la nota n.º 59, de D. R. J. Cuervo, en la *Gramática* de Bello (3); lo que se lee en el t. I, pág. 223, de esta edición del *Don Quijote*, y en el *Arte de componer en lengua castellana* (Madrid, 1911; pág. 73), de nuestro querido maestro; los *Datos para el estudio de la evolución del relativo «quien»*, de Bonilla San Martín (4); y lo escrito por Cejador en *La Lengua de Cervantes* (5); creyendo que hasta en sus más ínfimos detalles conocerá el lector la historia, usos y variantes que ofrece el pronombre *quien*.

9. ...que su boca sería medida. — De esta expresión, que sirve para denotar que se le dará á uno cuanto pida, hizo uso la Duquesa en la carta á Teresa Panza: «...si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida.» (II, 50; — t. V, pág. 495, línea 14.)

Y Ercilla, en su celebrado poema, escribió:

«Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte.»

(*La Araucana*, XXXI.)

- (1) «*Don Quijote*, II, 23.» — En nuestra edición: t. IV, pág. 356, línea 5.
(2) «*Don Quijote*, I, pról.» — En nuestra edición: t. I, pág. 20, línea 13.
(3) París, 1911; pág. 53 de las *Notas*.
(4) *Anales de la Literatura Española*. — Madrid, 1904; pág. 174 y siguientes.
(5) Madrid, 1905; t. I, pág. 442.

aves de la ^a tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

«— No es menester tanto, — respondió Sancho, — que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente; porque mi señor es delicado y come poco, y ^b yo no soy tragantón en demasía.»

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

«— Pues mande el señor huésped, — dijo Sancho, — asar una polla que sea tierna.

— ¡Polla! ¡Mi padre! — respondió el huésped. — En verdad, en verdad ^c, que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

— Desamano, — dijo Sancho, — no faltará ternera ó cabrito.

— En casa por ahora, — respondió el huésped, — no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

a. ...aves de tierra. BR. 4. = b. ...poco, ped, en verdad que envié ayer a la ciudad. BAR. = c. ...respondió el huef-

4. ...porque mi señor es delicado y come poco. — Á Clemencin no le satisface este modo de hablar de Sancho, y dice: «Mejor se hubiera dicho *mi señor está delicado*, esto es, algo quebrantado de salud, y *come poco*. La expresión *es delicado*, quiere decir *es impertinente y difícil de contentar*, lo cual no está en contradicción con comer mucho.»

Á primera vista, parece que tenga razón el tantas veces citado crítico; pero justo es llegue á conocimiento de nuestros lectores la explicación que da á este pasaje de Cervantes el entendido gramático D. Juan Calderón:

«El pensamiento de Sancho no era referirse al estado de salud de su amo para motivar el no comer mucho, puesto que, generalmente hablando, era siempre bueno; y en caso de haber sido eso hubiera dicho, como el comentarista indica, *está delicado*, expresión bien conocida de todo el mundo. Sancho se refería al gusto habitual de su amo en orden al comer y al beber. La expresión *ser delicado*, significa, á veces, ser difícil de contentar; pero hablando del comer se dice también de aquellas personas, que no gustan comer de todo, ó como Sancho dice, de embaular indistintamente de cuanto se presenta; aun mejor, de aquellos que se contentan con poco, con tal que sea poco común y de su gusto ó elección. Del adjetivo *delicado*, tomado en este sentido, se deriva el sustantivo *delicadeza*, el cual en su forma plural *delicadezas*, significa cosas esquisitas ó de gusto y distinción ó poco comunes en orden al comer. Algunos renglones más adelante, y en este mismo diálogo, le emplea el ventero en ese mismo sentido. Visto, por fin, que ni aun ternera había en la venta, «medrados estamos con eso, respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quisiere por otras *delicadezas*, y déjese de pedir gallinas». No hay, de consiguiente, para qué corregir el lenguaje del escudero.» (*Cervantes vindicado*, pág. 235.)